

EL CRISTIANISMO COLONIAL

En el Perú, todavía, la historia del cristianismo persiste como historia de una institución: la Iglesia. Fue el camino seguido en el pasado por investigadores como Rubén Vargas Ugarte S.J. al estudiar el culto a María, los Concilios Limenses, las órdenes religiosas. . . Pero ocurre que tan importante como conocer la norma, es indagar por la práctica cotidiana de una religión, aproximarse a los hombres que con sus creencias, ortodoxas o heréticas, sustentan el culto. Es la vieja distinción entre historia de la religión (de las ideas en abstracto) e historia de la religiosidad. En este número de *Allpachis* nos gustaría incidir sobre este último aspecto, hasta ahora bastante descuidado en las aproximaciones históricas.

Ocupándonos de la Colonia, no podemos dejar de mencionar las monografías que Pablo Macera dedicó a ciertos temas del cristianismo virreinal, para discutir las concepciones de la Iglesia sobre la vida económica, la organización social, la imagen del indio e incluso la sexualidad. Sus conclusiones se basaban en eruditas investigaciones con el recurso a los textos producidos por la propia Iglesia. Fue el primer historiador que, provisto de una metodología moderna, interrogó a los sermones del pasado. Es a partir de estudios como *Iglesia y economía*. . . que nació la idea de reunir un conjunto de colaboraciones, ubicadas no tanto en el terreno de lo que la jerarquía eclesiástica pensaba se debía hacer, sino en la práctica cotidiana, tanto de los propios curas (a cuyas bases materiales se aproximan, precisamente, los artículos de Bernard Lavallé y Antonio Acosta) como de los feligreses (Deborah Poole).

La historia del cristianismo en el mundo andino ha sido desde el inicio una historia conflictiva y difícil. Por un lado, las polémicas en torno a la justicia en la conquista de América, donde intervendrán, entre otros, Las Casas y Sepúlveda. Debates del siglo XVI, pero cuya vigencia contemporánea es subrayada por Gustavo Gutiérrez. Por otro lado, el enfrentamiento con las concepciones tradicionales de los hombres andinos, donde ante la nueva re-

ligión surgirán aptitudes tan diversas como la resignación de los vencidos, la rebeldía de quienes persisten en sus prácticas antiguas (idolatrías, como se decía en el siglo XVI) y la asunción voluntaria del cristianismo, cuya penetración en los medios rurales puede ser mayor de lo que algunos antropólogos suponen. Me limito a recordar que en el número anterior de *Allpanchis*, Enrique Urbano abordó esta cuestión. Hace falta considerar que, en ciertas situaciones, el cristianismo llevado a los campesinos no es necesariamente el que sanciona el Concilio de Trento. Algunos miembros de órdenes religiosas cuando vienen a América traen también concepciones que se alejan del dogma, como el “joaquinismo” de los franciscanos o el “probabilismo” que se atribuirá a los jesuitas. Vienen también los soldados, escribanos y otros personajes de la hueste indiana, portadores de un cristianismo popular, todavía contaminado de viejas prácticas “heréticas” o “supersticiosas” que se conservaban en los pueblos españoles. Llegan así, por ejemplo, todo un conjunto de ideas en torno al demonio (demonología) que hace falta traducir en términos de mundo andino (Silverblatt). Traducción no significa aceptación automática. Resulta sintomático que en la región de Huamanga, los campesinos sigan distinguiendo, todavía hoy, entre el mundo de los mistis y el mundo de los runas, el primero teniendo como divinidad a Cristo y el segundo al Wamani. Los relatos orales recopilados en la Universidad de Huamanga por Ansión y Szemiński muestran cómo los problemas planteados durante el “cristianización” del siglo XVI mantienen vigencia, a la par que cuestionan esas imágenes “optimistas” que describen a un campesinado andino incorporado al cristianismo al poco tiempo de la invasión europea. Bautismos masivos no equivalen a desaparición de cultos tradicionales. Durante el siglo siguiente, cuando “cristalizaría la evangelización”, los campesinos de algunas regiones (como la sierra central estudiada por Huertas y Spalding) sabrán ocultar sus ritos bajo ropajes occidentales.

Los artículos que reúne este número pueden ayudar a ampliar un debate planteado por Manuel Marzal en las páginas de la *Revista de la Universidad Católica*, en un número especial dedicado a la Iglesia en el Perú (“Una hipótesis sobre la aculturación religiosa andina”, Lima, 1977, No. 2, pp. 95 y 35).

Al terminar, reparo en que muchos de los autores que colaboran en este número han enseñado en la Universidad de Huamanga. Profesores de la calidad intelectual de Szemiński (polaco), Ansión (belga), Stern y Silverblatt (norteamericanos) podrían testimoniar la calidad de ese centro de estudios, que algunos, cuando redactamos precisamente estas líneas introductorias, se empeñan en ocultar y negar.

A.F.G.